

A man with a grey beard and dark hair, wearing Roman-style armor consisting of a red tunic and brown leather shoulder guards, is looking down at a silver and brass helmet he is holding with both hands. The background is a dramatic, cloudy sky with a bright light source on the left.

CORNELIO

LA EXPERIENCIA VIVIDA
NO LO SALVÓ

Imagínese el privilegio de vivir la experiencia de que un ángel de Dios se le aparezca en su propia casa, lo llame a uno por su nombre, le dé instrucciones y, por si fuera poco, se cumplan las palabras dichas por el ángel. ¡Sería una experiencia inolvidable!

Cornelio, un centurión romano que vivía en Cesarea en el primer siglo, tuvo una experiencia similar. Su historia está registrada en Hechos 10.

Pero ¿sabe qué? Esa experiencia no lo salvó. Ese momento que él vivió no le dio el perdón de sus pecados. El hecho verídico de que se le apareciera un “santo ángel” (Hechos 10.22) no le otorgó la vida eterna.

Lo que esa experiencia sí hizo fue conducirlo a escuchar el Evangelio. Y Cornelio obedeció. Inmediatamente después de haberse retirado el ángel, Cornelio mandó a buscar al apóstol Pedro. Note también que el ángel no le predicó el Evangelio a Cornelio, ni tampoco lo salvó. Pero el ángel le dijo esta verdad: “Él (Pedro) te **hablará** palabras por las cuales serás salvo tú, y toda tu casa” (Hechos 11.14).

Dios permitió esta experiencia en la vida de Cornelio para que cuatro días después el apóstol Pedro les predicara

el mensaje del Evangelio a todos los que estaban reunidos en su casa (Hechos 10.30-34).

La experiencia que tuvo con el ángel no lo salvó. La abundancia de buenas obras, evidentes en su vida y conocidas por todos, tampoco lo hicieron merecedor de la salvación. El predicador y apóstol que llegó a su casa tampoco lo podía salvar.

¿Qué necesitaba Cornelio para ser salvo? Primero, necesitaba escuchar el mensaje de salvación, y Pedro llegó para predicarle el Evangelio de la paz.

Pedro comenzó su prédica indicando que Cristo es “Señor de todos” (Hechos 10.36). Luego habló de la vida impecable de Cristo, “cómo Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret” (Hechos 10.38). Les recordó del incansable deseo de Cristo de ayudar a los necesitados, “cómo éste anduvo haciendo bienes y sanando a todos” (Hechos 10.38).

También predicó de la muerte inmerecida que le dieron a Cristo, “a quien mataron colgándole en un madero” (Hechos 10.39). Declaró las innegables evidencias de su resurrección. “A éste levantó Dios al tercer día” (Hechos 10.40-41). Advirtió que Cristo fue inves-

tido por Dios con autoridad para ser el Juez. “Él es el que Dios ha puesto por Juez de vivos y muertos” (Hechos 10.42).

Finalmente, Cornelio escuchó que “todos los que en él creyeren, recibirán perdón de pecados por su nombre” (Hechos 10.43).

Al oír esto, Cornelio entendió que necesitaba un Salvador, que era Cristo. Cornelio fue salvo ese mismo día por creer en Cristo. No tuvo que pasar al frente, ni repetir una oración. Recibió la Palabra predicada para sí mismo. Lo salvó Cristo, no la experiencia. “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores” (1 Timoteo 1.15).

Timothy Turkington



Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com